

Etgar Keret

## Tuberías

Traducción del hebreo de  
Roser Lluch i Oms

 Siruela

Nuevos Tiempos

# Índice

Feliz cumpleaños	13
La sirena	16
No son personas	22
Acerca del valor nutricional de los sueños	29
Koji	31
Terminal	35
El monstruo del backgammon	39
Shuni	43
Jubeza	48
Solo por 19,99 shékels (IVA y gastos de envío incluidos)	49

Bumerán	58
El hijo del director del Mosad	64
Yurden	69
El zumo de los mitos	72
Baldosa	74
Julia	76
Annette y yo follamos en el infierno	78
Rajamim y el hombre de las lombrices, una historia perversa	80
Arcadi Hilweh coge el autobús 5	83
Nada de política	88
Un árabe bigotudo	93
Noventa	96
Dios el enano	98
La plaga de los primogénitos	100
Un Séder parcial	105
Como murciélagos	113

Plastificado	116
Siluetas	120
Quedémonos a nivel de la metáfora	123
Nísperos	127
Imitador de humanos	132
La noche en que murieron los autobuses	134
<i>Gulliver</i> en islandés	137
Koji 2	140
El problema con la <i>hybris</i>	143
Envidia de escritores	146
Relato traducido «El vampiro o el señor McTaggart»	149
Relatos hebreos	156
Koji 3	167
Sísifo	169
Shlomo Homo Culo de Mono	171
La misteriosa desaparición de Alón Shemesh	172

Días como el de hoy	175
Canción de cuna para el tiempo	179
Ludwig y yo matamos a Hitler sin motivo (o Primavera berlinesa)	182
La sonrisa mortífera de Hans	191
Colores alegres	194
Nadie entiende a los cuantos	196
Alicia	198
Bolsitas de cumpleaños	202
Katzenstein	206
Nada	209
Tuberías	212
Pegamento loco	216

*A mi madre y a mi padre*

## Feliz cumpleaños

El autobús se para, el conductor te sonríe, los cristales de las ventanillas brillan y el dinero es calderilla.

El  nico asiento individual libre del lado izquierdo es el último, como si te lo hubieran reservado, el que t  prefieres, con el cristal detrás. El autobús circula, los semáforos se ponen en verde y el chico que come pipas guarda las cáscaras en una bolsita.

Hoy, el viejo revisor no quiere el billete; solo se toca el borde de la gorra y amablemente te desea un buen día.

Y lo será. Porque es tu cumpleaños. Eres inteligente, guapa y tienes toda la vida por delante. Faltan cuatro paradas. Tocar s la campanilla y el conductor parar  especialmente para ti.

Bajar s del autobús, nadie te apremiar  y la puerta no se cerrar  hasta que est s lejos. El autobús arrancar , la gente se alegrar  por ti y el chico de las pipas te saludar  con la mano hasta que el bus desaparezca, sin pretexto ni motivo.

No hace falta ningún motivo: es tu cumpleaños, un día en el que pasan cosas agradables. El cachorro que

corre hacia ti moverá la cola cuando lo acaricies, incluso los perros saben distinguir los días de fiesta.

En vuestra casa la gente esperará a oscuras detrás de los preciosos muebles que tú misma elegiste. Cuando abras la puerta, darán un salto de sorpresa. Exactamente como debe ser en las fiestas sorpresa.

Estarán todos, los que has amado, los más queridos, los más importantes. Te traerán regalos que han comprado o inventado. Regalos imaginativos y también objetos prácticos.

Los graciosos entretendrán, los inteligentes ilustrarán, hasta los melancólicos sonreirán de verdad. La comida será fantástica; después servirán fresas y, por último, un batido de vainilla de la mejor heladería de la ciudad.

Pondrán un disco de Keith Jarrett, y todos lo escucharán; luego otro de Satie, y nadie se sentirá triste. Esta tarde, los que están solos se sentirán acompañados, y nadie preguntará «¿Cuánto azúcar?», porque todos se conocerán.

Al final se marcharán. Los que quieras te besarán, y los que no... te estrecharán la mano. Solo quedará él, el hombre con el que vives, más apuesto y comprensivo que nunca.

Si lo deseas, haréis el amor, o te masajeará el cuerpo con un aceite preparado según una fórmula especial. Si se lo pides, atenuará la luz de la lámpara, y os quedaréis sentados y abrazados en silencio, esperando el amanecer.



Esta tarde mágica, yo también estaré allí, tomaré un batido de vainilla, sonreiré de verdad, probaré la fantástica comida. Y antes de irme, si quieres, te besaré, o tal vez simplemente te estreche la mano.

## La sirena

El Día del Holocausto hicieron ir a todos los alumnos al gimnasio, donde habían instalado un escenario improvisado detrás del cual, en la pared, habían pegado cartulinas negras con los nombres de los campos de concentración y dibujos de alambradas. Cuando entramos, Siván me pidió que le guardara un sitio. Ocupé dos asientos. Ella se sentó a mi lado en el banco. Estábamos un poco apretados. Apoyé el codo en mi pierna, con el dorso de la mano rozando sus tejanos. La tela era fina y agradable, sentí como si le hubiera tocado el cuerpo.

—¿Dónde está Sharón? —pregunté—. Hoy no lo he visto. —La voz me temblaba un poco.

—Sharón está haciendo las pruebas para entrar en el comando de Infantería de la Marina —dijo Siván orgullosa—. Casi ha superado todas las etapas, solamente le queda una entrevista.

De lejos vi que Guilad se acercaba a nosotros por el pasillo.

—¿Sabes que en la fiesta de fin de curso le darán el premio al mejor alumno? El director ya lo ha anunciado.

—Siván —dijo Guilad cuando estuvo a nuestro lado—,

¿qué haces aquí? Estos bancos no son nada cómodos. Ven, te he guardado una de las sillas de atrás.

—Sí —dijo Siván sonriéndome como excusándose, y se levantó—, aquí estamos apiñados.

Fue a sentarse atrás con Guilad. Guilad era el mejor amigo de Sharón; jugaban juntos en el equipo de baloncesto del instituto. Miré hacia el escenario y respiré hondo. Todavía me sudaba la mano. Algunos alumnos del último curso subieron al escenario y la ceremonia empezó. Cuando todos hubieron recitado los textos de rigor, un hombre bastante mayor, que llevaba un jersey de color burdeos, subió al escenario y se puso a hablar de Auschwitz. Era el padre de uno de los alumnos. No habló mucho rato, un cuarto de hora aproximadamente. Después volvimos a las aulas. Al salir, vi a Shúlem, nuestro bedel, sentado en la escalera de la enfermería, lloraba.

—Eh, Shúlem, ¿qué pasa?

—Ese hombre —dijo—: lo conozco. Yo también fui un *Sonderkommando*.

—¿Estuviste en un comando? ¿Cuándo?

No podía imaginar a nuestro delgado y pequeño Shúlem en una unidad de comando, pero quién sabe, tal vez. Shúlem se secó los ojos con las manos y se levantó.

—No tiene ninguna importancia —me dijo—. Vete a clase. De veras, no es nada importante.

Por la tarde fui al centro comercial. En el quiosco de falafel me encontré con Aviv y Tzuri.

—¿Sabes? —me dijo Tzuri con la boca llena de falafel—. Hoy Sharón ha superado la entrevista. Cuando se enrole, deberá pasar otra pequeña instrucción preliminar y entrará en el comando de la marina. ¿Te das cuenta de lo

que significa ser un infante de Marina? Seleccionan a uno entre mil... —Aviv empezó a maldecir. La pita se le abrió por debajo, y la tahina y el aliño de la ensalada le chorreaban por la mano—. Nos lo hemos encontrado en el patio de la escuela. Guilad y él estaban haciendo locuras, con cervezas y todo eso... —Tzuri, medio burlándose medio ahogándose, escupía pedazos de tomate y de pita—. Deberías haberlos visto haciendo carreras con la bicicleta de Shúlem: parecían unos golfos. Sharón estaba contentísimo de que la entrevista le hubiera salido bien. Mi hermano me dijo que es precisamente en la entrevista personal donde la mayoría falla.

Me dirigí al patio de la escuela, pero no había nadie. La bicicleta de Shúlem, que siempre estaba atada a la barandilla, junto a la enfermería, había desaparecido, y había una cadena rota y un candado Yardeni tirados en la escalera. Al día siguiente, al llegar a la escuela, la bicicleta seguía sin estar. Esperé a que todos entraran en clase, y entonces fui a contárselo al director. Me dijo que había actuado correctamente y que nadie sabría nada de nuestra conversación, y pidió a la secretaria que me firmara un justificante por llegar tarde. Aquel día no ocurrió nada, ni al día siguiente, pero el jueves el director entró en clase acompañado de un policía y pidió a Sharón y a Guilad que salieran.

No les hicieron nada; solo les amonestaron. No podían devolver la bicicleta porque la habían tirado quién sabe dónde, pero el padre de Sharón fue expresamente a la escuela para llevar a Shúlem una bicicleta de montaña nueva. Al principio, Shúlem no quiso aceptarla.

—Es más saludable ir a pie —le dijo al padre de Sharón.

Pero el padre de Sharón insistió y Shúlem acabó aceptándola. Era gracioso verlo montado en aquella bicicleta. Yo sabía que el director tenía razón, que había actuado correctamente. Nadie sospechaba que yo lo había dicho —por lo menos eso creía yo—. Los dos días siguientes transcurrieron como de costumbre, pero el lunes, cuando llegué a la escuela, Siván me esperaba en el patio.

—Escucha, Eli —me dijo—, Sharón ha descubierto que tú te chivaste de lo de la bicicleta. Deberías huir antes de que él y Guilad te atrapen.

Me esforcé en disimular el miedo: no quería que Siván lo percibiera.

—Rápido, huye —me dijo.

Me puse a caminar.

—No, por ahí no. —Me tiró del brazo. El contacto de su mano era fresco y agradable—. Vendrán por el portón, es mejor que huyas por el agujero de la valla, detrás de los barracones.

La alegría de ver que Siván se preocupase tanto por mí fue superior al miedo.

Detrás de los barracones me esperaba Sharón.

—No tienes escapatoria —dijo—. Ni se te ocurra.

Me di la vuelta. Detrás de mí estaba Guilad.

—Siempre he sabido que eras un gilipollas —dijo Sharón—, pero nunca pensé que fueras un chivato.

—Di, basura, ¿por qué fuiste con el soplo? —dijo Guilad empujándome con tanta fuerza que me hizo volar hacia Sharón, quien, a su vez, volvió a empujarme.

—Yo te diré por qué —dijo Sharón—: porque nuestro Eli es un envidioso de mierda. Me mira y se da cuenta de que soy mejor alumno que él, y mejor deportista, y que

mi novia es la chica más guapa de la escuela. En cambio, él es un desgraciado y todavía es virgen, y esto lo corroe por dentro. —Sharón se quitó la chaqueta de cuero y se la lanzó a Guilad—. Mira por dónde, Eli, has ganado; me has jodido —dijo mientras se quitaba el reloj de buceo y se lo metía en el bolsillo—. Mi padre me toma por un ladrón, y la policía casi me abre un expediente. Ya no me elegirán como el mejor alumno. ¿Estás contento?

Habría querido decirle que no se trataba de esto, que lo hice por Shúlem, que él también había estado en una unidad de comando, que el Día del Holocausto lloraba como un niño; pero dije:

—No se trata de eso... No deberíais haberle robado la bicicleta; no tenía ningún sentido. No respetáis nada. —La voz me temblaba.

—¿Oyes, Guilad? Este soplón llorica quiere enseñarnos qué es el respeto. Respeto es no delatar a los compañeros, niñato de mierda —dijo Sharón cerrando el puño—. Guilad y yo te vamos a enseñar ahora lo que es el respeto, y de la forma más dura.

Habría querido irme de allí, huir, levantar las manos para protegerme la cara, pero el miedo me paralizó. De pronto sonó una sirena; había olvidado por completo que hoy era el Día del Recuerdo, fecha en la que recordamos a los caídos en las guerras y a las víctimas del terrorismo. Sharón y Guilad se pusieron firmes. Los miré, de pie como maniqués en un escaparate, y de pronto todo mi temor desapareció. Tieso, con los ojos cerrados y la chaqueta de Sharón en la mano, Guilad me parecía una percha grande. Y Sharón, con su mirada asesina y el puño cerrado, de pronto parecía un niño pequeño tratando de imitar la pose que había visto en una película de

acción. Me dirigí al agujero de la valla y salí lentamente y sin hacer ruido. Detrás de mí oí que Sharón murmuraba entre dientes: «¡Ya te joderemos, ya!». Pero no se movió ni un milímetro. Seguí caminando hacia mi casa, andando por la calle entre la gente inmóvil como muñecos de cera, protegido por el escudo invisible de la sirena.